

Académicos y académicos, señores y señoras,

Como lo he reiterado desde que asumí la presidencia en enero del 2022, la misión del Instituto de Chile es velar por la vigencia de las ciencias, las artes y las humanidades. Velar es también ocuparse de ellas ya que un oficio donde la vocación fue el mandato absoluto obliga a sus practicantes a no cejar jamás, no antes que las fuerzas nos abandonen por completo.

Para esta ocasión, la clase inaugural del Año Académico, hemos escogido el campo de la ciencia. En principio toda sociedad humana por más que esté en un estadio muy originario de su desarrollo da a luz un saber especializado, que con la evolución hacia la complejidad va adquiriendo un carácter cada vez más abstracto y al final viene a ser parte de la esfera del pensar. Con todo, solo en la modernidad el quehacer científico alcanzó un poder autosostenido en la estimación cultural y social que se le entrega, y que se le exige o espera ansiosamente. Para la salud y la prolongación de la vida no existe ningún desmayo en la esperanza de progreso. Es lo contrario de lo que sucede en otras esferas de la existencia, o es lo que se proclama. Al efectuarse la simbiosis con la técnica y la práctica, se produjo una drástica transformación de la vida.

Y también a un debate que se inicia ya en los albores de la misma Revolución Industrial, el temor a las consecuencias de la ciencia, que en el siglo XX como resultado de las guerras mundiales y del avance de la tecnificación de la vida y del ideal de lo que se llamo el “hombre protésico”, que ahora alcanza nuevas cotas con la inteligencia artificial, convertida en el tema

de nuestro tiempo. Limitar o anular la virtualidad práctica de la ciencia mediante la búsqueda artificial de un orden más natural -habría que dilucidar qué es lo verdaderamente “natural”- me parece que llevaría a un colapso social sin precedentes. Quizás, por ejemplo, en el tema de la supervivencia de la tierra por la crisis ecológica, solo la ciencia y la técnica constituyen elementos, entre otros, que nos pueden auxiliar en limitar lo destructivo de su impacto. Esto reviste de manera particular gran urgencia para nuestro país, donde existe indigencia de medios para su cultivo, a pesar de que según algunas mediciones, la capacidad científica del país en términos proporcionales no es nada despreciable. Hace pocos días se desarrolló un evento en Santiago dependiente del International Science Council, donde se planteaba que la ciencia debería entrar en la conciencia nuestra como un bien público. Por ahí deberían de ir los desvelos de la nación.

Y está la gran paradoja. Junto al triunfo de la ciencia como protagonista privilegiada de la modernidad, viene el asalto a la ciencia, provenientes de variadas fuentes. Una de ellas es en parte un subproducto de la misma ciencia: la sociedad de masas y los medios de comunicación, que dan nuevo rostro a las supersticiones populares de otrora, hoy por hoy anidadas en las llamadas redes sociales, que han arrojado una duda de principio sobre la ciencia, en los científicos sobre todo. Lo interesante para quien estudie los fenómenos culturales, es que esta suspicacia como programa no se desprende solo de un sentimiento colectivo en su origen, sino que se origina también en las fuentes de la ilustración moderna, lo que le da a veces un cierto lustre que por pretencioso no es menos bárbaro. La relación entre el público, la ciencia y la no-ciencia, un trío que en el siglo XX en las apariencias convivían con claridad, diáfana como pocas, se ha ido oscureciendo. No se trata de una

evolución sometida a la fatalidad; sin duda es un exigente desafío para nosotros y para el mundo entero.

Por estas y otras razones más es que se le ha solicitado al destacado académico Eric Goles, Premio Nacional de Ciencias Exactas 1993, para que nos introduzca a visiones actuales acerca de la capacidad de la ciencia de abrir horizontes y enseñarnos a navegar en medio de los formidables dilemas de la sociedad contemporánea.

Lo que aquí encaramos no se trata de un asunto de exclusiva incumbencia de las ciencias exactas. Esto, porque tanto las artes, las ciencias y las humanidades comparten un mismo paisaje de fondo. A primera vista se trata de formas de conocimiento muy diferentes, las que sin embargo, nadan en un mar entre conocido y desconocido, confirmando una de las muchas definiciones de ciencia, que es retrotraer lo desconocido a un fundamento conocido. Es lo mismo en el pensar puro o en la creación estética como en la teoría social. Le arrebatamos territorio a lo desconocido que muchas veces es la nada. Sé que es inconcebible humanamente hablando siquiera arrojar la pregunta por la nada; y sin embargo los humanos jamás renunciaremos a pensar y palpitar antes su presencia -esta misma palabra podría sonar absurda-, porque nos proporciona fuerzas para crear y construir lo que siempre está amenazado por la ruina. Y no estamos seguros si la nada es otra forma del gran Misterio o un muro detrás del cual surge un llamado inextinguible.

Joaquín Ferandois, 25 de abril de 2024